

## **PROYECTO DE DECLARACION**

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

### **DECLARA**

Su más enérgico repudio ante los aberrantes hechos ocurridos en la ciudad alemana de Hanau, donde decenas de automóviles, viviendas y espacios públicos fueron marcados con esvásticas pintadas con sangre humana, en un acto que remueve las cenizas del horror totalitario y profana la memoria de las víctimas del nazismo y del atentado racista de 2020 que aún hiere el alma de esa comunidad. Este episodio no es una simple manifestación vandálica: es una declaración de odio, una puesta en escena del terror simbólico, una advertencia de que el fanatismo y la intolerancia —cuando no son combatidos con convicción moral— vuelven a respirar en los márgenes de la civilización.

La Cámara reafirma su solidaridad con el pueblo de Hanau y con todas las víctimas del extremismo ideológico y racial, y ratifica el compromiso inquebrantable de la Nación Argentina con los valores universales de la libertad, la democracia, la tolerancia y la dignidad humana. Frente a quienes pretenden reinstalar los signos de la barbarie bajo el disfraz del resentimiento o de la nostalgia autoritaria, esta Cámara levanta su voz con la fuerza de la historia y con la memoria de todos los pueblos libres que juraron "nunca más". No hay neutralidad posible ante el odio: callar sería consentir, y consentir, traicionar los cimientos morales de Occidente.

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación declara que los símbolos del horror no tienen cabida en ningún rincón del mundo libre, y que la defensa de la libertad exige memoria activa, coraje cívico y repudio absoluto a toda forma de exaltación del totalitarismo, el racismo o la supremacía. En el siglo XXI, pintar una esvástica con sangre es un intento de devolverle cuerpo al infierno. Por eso, este Cuerpo se pronuncia con vehemencia y con convicción: la humanidad ya eligió su lado, y ese lado es el de la libertad, la justicia y la memoria.

Firmante: Gerardo Milman

## FUNDAMENTOS:

Señor presidente:

Lo que ha ocurrido en la ciudad alemana de Hanau, donde esvásticas fueron pintadas con sangre humana sobre autos, viviendas y muros, no es un simple acto vandálico. Es un hecho que carga una densidad simbólica que exige una respuesta moral y política de todos los pueblos que se reconocen en la tradición occidental de la libertad. La sangre, ese signo primario de la vida y del sacrificio, fue utilizada como instrumento de odio. Y la esvástica, emblema del totalitarismo más abyecto del siglo XX, fue devuelta al espacio público como un recordatorio brutal de que la barbarie nunca muere del todo: simplemente espera el descuido moral de las sociedades democráticas.

Frente a esto, no basta el silencio. Porque el silencio, en la historia, ha sido siempre el mejor aliado del horror.

### I. El símbolo como amenaza

Las esvásticas en Hanau son mucho más que una pintura macabra: son un lenguaje del mal. La teoría política contemporánea reconoce que los símbolos, en contextos de crisis de legitimidad, actúan como catalizadores del resentimiento. Lo advirtió Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*: cuando la sociedad se fragmenta y la política se degrada a mera gestión de necesidades, el totalitarismo encuentra su puerta de entrada en la desesperación de las masas y en la búsqueda de un enemigo imaginario. Esa esvástica no solo evoca el pasado: anuncia el deseo de repetirlo.

Hanau no es un episodio aislado. Es el síntoma visible de un fenómeno más amplio: la erosión del consenso democrático y el retorno de discursos de odio en Europa, América Latina y el mundo. Cuando una generación comienza a trivializar el mal —a banalizarlo, diría Arendt—, el paso siguiente es su representación simbólica, su teatralización y su contagio.

El filósofo Umberto Eco, en su ensayo *El fascismo eterno*, escribió que el fascismo no es un régimen político en particular sino una "constelación de pasiones irracionales": el culto a la acción por la acción, el miedo a la diferencia, el desprecio a los débiles, la apelación a una comunidad mítica y el uso del enemigo como cemento identitario. Las esvásticas de Hanau responden exactamente a esa gramática emocional. Son el grito irracional de quienes creen que la libertad es una amenaza y no una conquista civilizatoria.

## **II. La sangre como lenguaje de barbarie**

No se trata solo del símbolo, sino de la materia utilizada: la sangre humana. Esa elección deliberada introduce una dimensión ritual, casi sacrificial. En términos sociológicos, podría interpretarse —siguiendo a René Girard y su teoría del chivo expiatorio— como el intento de restaurar un orden imaginario mediante la violencia sagrada. La sangre, usada como pintura, opera como un gesto de purificación invertida: se pretende limpiar el mundo de la diferencia, de la diversidad, de la libertad misma.

En ese gesto late una nostalgia peligrosa: la del totalitarismo como comunidad perdida, la ilusión de que el mundo sería más soportable si todos pensarán igual, si no existiera el otro. Pero como enseñó Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, toda clausura del pensamiento conduce inevitablemente a la tiranía. La sociedad abierta —aquella que reconoce la diversidad, la crítica, el debate— es frágil, sí, pero es la única que puede llamarse humana.

La sangre sobre el muro es también un mensaje dirigido a la indiferencia. Porque el mayor peligro del siglo XXI no es la violencia explícita, sino la apatía moral. Cuando una sociedad relativiza el mal, cuando las generaciones jóvenes aprenden que todos los discursos "valen lo mismo", entonces el terreno está preparado para la recaída civilizatoria. Lo advirtió George Orwell en 1984: "El pasado fue borrado, el borrado fue olvidado, la mentira se convirtió en verdad".

## **III. La crisis de la memoria y la banalidad del mal**

Hanau se inscribe en una crisis más profunda: la crisis de la memoria histórica. Las nuevas generaciones, nacidas lejos de las catástrofes del siglo XX, no perciben ya la gravedad de los símbolos. Ven en la esvástica un signo de provocación estética, no un emblema genocida. La sociedad digital ha vaciado de densidad los significados. Y así como la cultura del algoritmo produce entretenimiento infinito, también produce olvido.

El sociólogo Zygmunt Bauman lo definió magistralmente en *Modernidad líquida*: vivimos en una época donde "nada dura lo suficiente para ser recordado". Y el olvido es el caldo de cultivo del totalitarismo, porque la memoria —esa facultad moral de los pueblos— es el único antídoto frente al fanatismo.

El escritor Primo Levi, sobreviviente de Auschwitz, advirtió: "Ha sucedido, por tanto puede volver a suceder". Las esvásticas en Hanau son la prueba de que esa advertencia sigue vigente. Y nos interpelan también a nosotros, en esta parte del mundo, donde el negacionismo, el autoritarismo y el populismo encuentran nuevos lenguajes y disfraces.

#### **IV. Totalitarismo y posmodernidad: los nuevos rostros del viejo mal**

El totalitarismo del siglo XXI no necesita uniformes ni campos de concentración. Su fuerza reside en la manipulación simbólica, en la distorsión del lenguaje y en la moral del rebaño. Aleksandr Solzhenitsyn escribió que "la línea que separa el bien del mal no pasa entre los Estados, ni entre las clases, ni entre los partidos, sino a través del corazón de cada ser humano". En la era digital, esa línea se difumina aún más: las redes amplifican el resentimiento, fabrican identidades de odio y convierten la indignación en espectáculo.

Hoy, la intolerancia se disfraza de corrección política; el autoritarismo, de paternalismo estatal; el dogmatismo, de justicia social. Y mientras se demoniza la libertad, se rehabilitan las formas más sutiles de servidumbre. Por eso, cuando en Hanau alguien pinta una esvástica con sangre, no solo reivindica un pasado, sino que invoca un presente de sumisión colectiva.

El pensador Friedrich Hayek, en Camino de servidumbre, explicó que cada vez que los pueblos renuncian a la libertad en nombre de una seguridad prometida, comienzan sin saberlo a pavimentar la senda hacia la tiranía. Las esvásticas de Hanau no son, entonces, una rareza europea: son un espejo. Nos devuelven la imagen de nuestras propias complacencias.

#### **V. La defensa moral de Occidente**

Occidente —y con él la Argentina— se edificó sobre una premisa: la dignidad individual como fundamento del orden político. Todo lo que se oponga a esa premisa, todo lo que niegue la libertad como valor trascendente, pertenece a la prehistoria moral de la humanidad. Por eso, esta declaración no es solo un gesto diplomático: es una reafirmación filosófica.

Defender la libertad no es un acto ideológico: es un acto de civilización. Y cuando una sociedad permite que se reproduzcan los símbolos del totalitarismo, está renunciando a su responsabilidad histórica. El filósofo Isaiah Berlin, en su ensayo Dos conceptos de libertad, distinguía entre la libertad negativa —la ausencia de coerción— y la positiva —la autodeterminación racional—. Ambas están hoy amenazadas: la primera por los nuevos autoritarismos de Estado; la segunda, por el relativismo moral que disuelve toda noción de bien.

Frente a eso, el deber de los representantes del pueblo es alzar la voz. Porque cada vez que el odio reaparece en el mundo, el silencio democrático se convierte en complicidad.

## **VI. La advertencia para la Argentina**

Sería ingenuo creer que esto solo ocurre lejos. La Argentina, con su propio historial de autoritarismos y violencias políticas, no puede mirar hacia otro lado. Cada vez que se relativiza la historia, cada vez que se justifica la violencia en nombre de una causa, cada vez que se banalizan las tragedias colectivas, se abre la puerta al mismo germen que hoy vuelve a brotar en Europa.

La pedagogía de la libertad —esa que defendían Alberdi, Sarmiento, y más recientemente Juan Bautista Peña o Carlos Nino— no consiste solo en instruir, sino en enseñar a pensar moralmente. La decadencia de las democracias contemporáneas radica en su pérdida de sentido ético: en haber convertido la educación cívica en adoctrinamiento y la política en administración de miseria.

El mensaje de Hanau debe servirnos para recordar que la libertad no es un estado natural, sino una construcción permanente. La libertad se defiende todos los días o se pierde en silencio.

## **VII. La civilización frente al abismo**

El filósofo Albert Camus, en *El hombre rebelde*, escribió que "el hombre libre se rebela para decir que hay algo en él que no puede ser humillado". Esa rebeldía moral es la que hoy exige este tiempo. No se trata de una disputa estética ni de una condena simbólica, sino de un imperativo civilizatorio: recordar que el mal no desaparece, solo cambia de máscara.

Las esvásticas de Hanau no buscan solo aterrorizar: buscan probar la indiferencia del mundo. Porque el mal, como enseñó Arendt, se alimenta de la pasividad. La historia demuestra que los regímenes totalitarios no triunfaron por la fuerza, sino por el abandono moral de las mayorías. La democracia muere cuando se vuelve indiferente.

### **VIII. El deber moral de declarar**

Por todo esto, la Honorable Cámara de Diputados de la Nación tiene el deber de pronunciarse. Porque cuando la sangre humana es utilizada como instrumento de odio, no hay neutralidad posible. No se trata de una cuestión europea ni religiosa, sino de humanidad. Y la Argentina, país que acogió a sobrevivientes del Holocausto y que construyó su identidad sobre la diversidad de los pueblos libres, tiene la obligación moral de alzar la voz con fuerza.

### **El silencio, en este caso, sería un segundo crimen.**

Declarar el repudio no es un gesto protocolar: es un acto político en defensa del orden moral del mundo libre. Es recordarle al planeta que la libertad y la dignidad humana no son negociables. Que quienes relativizan el horror son, en última instancia, sus cómplices.

### **IX. La responsabilidad de nuestra generación**

Esta declaración es también una advertencia a nuestra generación: la libertad no se hereda, se conquista. Cada vez que un pueblo olvida su historia, el totalitarismo encuentra su oportunidad. Hoy son esvásticas en Hanau; mañana pueden ser símbolos de odio en nuestras propias calles, discursos autoritarios disfrazados de redención o populismos que prometen justicia mientras destruyen la libertad.

Como escribió Václav Havel, el disidente checo que enfrentó al comunismo: "La única política digna del hombre es la que nace de la responsabilidad moral". Esa responsabilidad nos convoca hoy.

Porque en un tiempo donde el relativismo moral pretende borrar toda distinción entre el bien y el mal, reafirmar la verdad se vuelve un acto de valentía. Y en un tiempo donde los símbolos del horror regresan, defender la memoria es un deber sagrado.

## **X. Conclusión**

Por todo lo expuesto, señor presidente, esta Honorable Cámara no puede permanecer indiferente. Porque cuando el odio se disfraza de gesto artístico y la sangre se convierte en mensaje político, lo que está en juego no es solo el orden público, sino la conciencia moral de la humanidad.

Declarar nuestro repudio a los hechos ocurridos en Hanau es declarar también nuestro compromiso con la libertad, la memoria y la dignidad humana. Es decirle al mundo que Argentina sigue del lado de la civilización, del lado de quienes creen que ningún símbolo del horror puede volver a ocupar el espacio de lo humano.

La historia nos observa. Y si callamos, seremos cómplices del olvido.

Por eso, esta Cámara repudia con la mayor energía moral y política los hechos acontecidos, se solidariza con el pueblo de Hanau, y reafirma que los pueblos libres no retroceden ante la oscuridad: la iluminan con la verdad y la memoria.

Por todo lo expresado, solicitamos a los diputados acompañar el presente proyecto.

Firmante: Gerardo Milman